

Evocación

Yo lo evocaré tal como lo veía ante las Estudiantes Católicas, en su plática de los domingos. Voz fatigada, opaca, con no sé qué cosa de lágrimas y de finísimo temblor. Indulgente, cordial, hasta alegre, con una alegría “de vuelta”, del que ya ha aprendido la resignación verdadera y ya está todo él dentro de la Fuerza.

Entonces el Padre Feliú decía cosas maravillosas. Y como era profundísimo psicólogo las decía de una manera tal, que ninguna ha podido ser olvidada ni lo será nunca. A medida que hablaba iba conquistando para siempre: vencía la pereza intelectual, la indiferencia, la tibieza. Se iluminaban de repente su voz y su gesto y el encendimiento milagroso se hacía.

¡Pero con qué sinceridad hablaba y con qué clase de Fé! Todas las suyas eran verdades que le salían de lo hondo del alma, a veces hasta con dolor, — ¡y qué bien se conocía que las había vivido! — Nadie como él nos hizo sentir ese fecundo misticismo activo — que fué el suyo; — nadie como él nos dió tan clara, tan definitiva la línea del difícil trabajo. Un maestro de la Vida, un extraordinario hombre de acción, y un finísimo “pescador de almas”, — como en la expresión llena de dulce gracia de Cristo — eso era él.

¿A cuántos habrá devuelto su alma? ¿A cuántos habrá enseñado el camino? ¿A cuántos habrá abierto las puertas de la comprensión y de la Luz? “Para ser sincero es menester ser humilde”. “Debemos tener una autoridad que nunca se turbe, que no sea recelosa”... nos decía.

Sí, eso mismo; sinceridad, austeridad era lo que hacía el poder de este hombre providencial. Y una ternura fina, sabia, que le hubiera abierto el corazón del más frío...

Nos decía la verdad, nos hablaba de las dificultades, nos aclaraba las dudas; y todo esto, que puede ser áspero y fatigante, se transformaba en una cosa llena de encanto.

Porque era un artista maravilloso: tenía una posibilidad ilimitada para lograr la expresión bella, y un sentido estético exquisito para hacernos ver lo fino de todas las cosas.

Así, cuando hacía el comentario de los Evangelios era un ilustradísimo exégeta; parecía tener la llave para aclarar las más íntimas y difíciles dudas. Pero era más que eso todavía: percibía con una sensibilidad finísima lo bello de todas las actitudes, de todas las palabras, de todo el color y de todo el matiz...

¡Con qué entusiasmo, con qué alegría purísima destacaba la belleza y la gracia de tal o cual pasaje!

“¡Vean qué lindo, vean de qué manera está dicho esto!” Y hasta los que “tienen ojos y no ven”... veían; él, con su encendida pasión por la belleza, había sacado, sabiamente, la venda...

A veces casi parecía que iba a llorar de emoción ante la música de la palabra o la gracia del gesto. Y su voz se hacía temblorosa, penetrante, inolvidable! Tenía sentido plástico, y extraordinaria sensibilidad.

El Padre Feliú fué así; un didacta, como pocos y un amigo como ninguno.

Pero ¡qué poco sabíamos entonces de su obra, de su acción, de cómo trascendía a la vida su fuego de fraternidad y de Amor!

Ese hombre que sabía tanto, que sentía tan profundamente, que decía tan bien la Verdad, había hecho milagros. Sí, milagros de solidaridad, de caridad, de amor. Había llegado a los más dolorosos sacrificios: había sufrido con los pobres, con los enfermos, con los presos, con las mujeres caídas, con todos los que lloraban lágrimas de soledad y de desesperanza.

El se había acercado a todos, paciente, humilde, lleno de un sagrado amor.

Nadie podrá oír el relato de su acción en Córdoba sin llorar y sin avergonzarse de ser tan indifente, tan inútil, ante lo extraordinario que este predestinado realizó. Pocos ejemplos habrá — y

sobre todo en los tiempos modernos — de figuras dueñas de una pasión tan viva, de una humanidad tan profunda, de una caridad tan activa, como el ejemplo que es — y cada día más — la figura del Padre Feliú.

Por eso el mejor homenaje que podemos hacer a su memoria en este primer aniversario de su desaparición, es la de prometernos a nosotros mismos trabajar para que su obra se realice, cada vez más, con la Fe y la Fuerza de todos los que sentimos y en cuyas manos él dejó su siembra. Afirmar en nosotros ese sentido heroico, místico y austero de la vida que él tenía: esa será la mejor manera de hacer inmortal su recuerdo y su gran obra de amor. El nos mirará, seguramente, desde la más alta estrella!...

Esther C. de Cáceres

(De la “Asociación de E. Católicas”)